

# Maestro de Tai Chi de Harvard

El maestro Yon G. Lee, el instructor jefe de kung fu y tai chi de Harvard, saca una vieja espada de una empuñadura de cuero. Dándose la vuelta, me entrega el arma. Media docena de otros estudiantes miran.

Lee, quien cumplirá 70 años el próximo mes, es un hombre bajo y delgado con cabello plateado delgado. Lleva una sudadera blanca de cuello redondo que anuncia el Harvard Tai Chi Tiger Crane Club, que ha asesorado durante más de una década.



Harvard Tai Chi Master

La espada es pesada y afilada. Corta a través de una caja de cartón como la mantequilla. Me hace practicar algunos movimientos simples y luego me pide que lo apuñale en la garganta.

Lee toma la punta de la espada y coloca el metal en el área carnosa justo por encima de su clavícula. Me quedo congelado, haciendo nudillos blancos en la empuñadura, sin poner una onza de fuerza en la hoja. Lee se queja de que no lo estoy apuñalando lo suficiente. Llama a Michael R. Showstack, un duro

bostoniano que ha dirigido una escuela de kung fu durante más de una década. Showstack agarra mis brazos y los empuja imposiblemente fuerte.

La cara de Lee se estrecha en intensa concentración. La espada se inclina hacia abajo, cediendo ante la repentina fuerza del empuje de Showstack. Todo pasa muy rápido. Segundos después, Showstack cede. La espada cae.

Lee está perfectamente bien. Una hendidura profunda aparece en su cuello, pero no hay sangre. Explica que dirigió su «chi», energía que cree que impregna a todos los seres vivos, a su cuello, que lo protegió de la espada. Lee se mueve como si nada hubiera pasado.

Miro mis manos y toco la punta de la espada para asegurarme de que es real. Mi estómago se siente tembloroso y con náuseas. Culpable y emocionado, creo que comprendo cómo fue para un miembro de la audiencia ver a Harry Houdini por la mitad. Y como ese voluntario, no tengo idea de cómo explicar lo que está pasando.

A unos metros de distancia, una clase de unas 30 personas escucha una conferencia sobre el qigong, un método de curación tradicional chino. Estamos en la oficina del acupunturista de Lee (llamado Instituto de Cultura Oriental), que le permite a Lee usar el espacio los domingos para practicar con sus estudiantes más avanzados. Es un ambiente extraño, pero las demostraciones intensas de Lee apenas alcanzan las cejas.

Lee y sus alumnos se refieren entre sí como una familia de kung fu. Vienen de estilos de vida radicalmente diferentes, de Harvard y de Chinatown, de los suburbios y de Southie. Mientras estoy desconcertado por este mundo donde las espadas miran fuera de la piel, se ríen y se lo toman con calma. Lee une los extraños hilos de esta familia. Sus amigos incluyen a los decanos de la facultad de Adams House y al ex alcalde de Boston Raymond L. Flynn, quien trabajó con Lee para purgar las bandas criminales de Chinatown a principios de los años noventa.

Timothy J. Lavalley, un estudiante de artes marciales que conoce a Lee desde hace diez años, me recogió alrededor de las 9:30 a.m. de esa mañana. Lavalley practica con Lee todos los domingos y se ofreció para llevarme de Cambridge a Quincy, Massachusetts, donde se encuentra el Instituto. Tiene el pelo corto y blanco y un pequeño semental en el lóbulo de la oreja izquierda. Estaba escuchando a Wu-Tang Clan cuando me recogió, pero lo apagó para que pudiéramos hablar. Había una mandíbula de animal en el asiento trasero de su auto, pero no lo mencioné.

Alrededor de las 10 de la mañana, llegamos a un edificio de oficinas de ladrillos con una hamburguesa mediocre en su planta baja. Tomamos un inestable ascensor hasta el quinto piso, donde nos recibió una vista de los campanarios de la iglesia de Quincy y el ladrillo colonial.

El Instituto comprende una gran sala central con algunas puertas cerradas en los márgenes. El espacio abierto tiene la calidad no resuelta de una imagen de "¿Dónde está Waldo?". Varios paneles del techo faltan. Lo que parecen ser pequeñas lentes de cámara están pegados a todas las superficies del área, incluso en un globo de nieve que contiene al Buda. «Shhhhh ... Live Guinea Pig Class In Progress », declaran varios carteles hechos en casa. No veo rastro de ningún conejillo de indias.

Un hombre alto se me acercó desde la conferencia de qigong en el otro extremo de la habitación. Sin decir palabra, me entregó una gran concha de ostra con una lente de cámara y cinco imanes pegados a la madre-de-perla que giraba en el interior. Me indicó que lo pusiera en mi estómago y también colocó una tabla pesada cargada con imanes debajo de mi pie.